

CI 118
PAI

20/10



SAN ISIDORO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

Personificación de las ciencias eclesiásticas en
los siglos medios.



DISCURSO

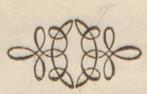
LEIDO POR EL PRESBITERO

D. PEDRO DE SERAS Y OLIVA,

AL RECIBIR LA

INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE TEOLOGIA.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LA REGENERACION, GRAVINA, 21,
á cargo de F. Gamayo.

—
1858.

SAN ISIDORO

ANONIMO DE SEVILLA

Personificación de las ciencias católicas en los siete siglos

DISCURSO

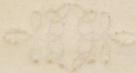
DE

D. PEDRO DE SERAS Y OLIVA

AL PLENIS

GRADO DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE TEOLOGIA



MADRID

IMPRESION EN EL INSTITUTO DE LA ENCICLOPEDIA CATALANA

EN LA CALLE DE...

1853

Excmo. é Illmo. Sr. :

Debiendo presentar en este acto solemne una Memoria sobre alguno de los diferentes puntos que comprende la enseñanza teológica, no he vacilado en la eleccion del tema. Nacido en el arzobispado de Sevilla, presbítero de su clero, y amante de las glorias que enaltecen su nombre, no dudé ocuparme en este sencillo trabajo, de uno de los timbres que mas ennoblecen á la Iglesia sevillana, de uno de sus mejores recuerdos, de sus brillantes antecedentes.

Voy á presentar á vuestra vista un ilustre varon, eminente en ciencia y en virtud, cuyo nombre pronuncia con júbilo todo el mundo; cuyo nombre se halla esculpido en los mas preciosos mármoles; cuyo nombre tiene estatuas, templos y altares; nombre que siempre será objeto de la admiracion, gloria y honor de los españoles amantes de su patria. Ya comprendereis, Excmo. Sr., me refiero á San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, cuya grande fama se estiende por todo el mundo.

En efecto , este insigne Prelado español resplandeció en toda la Iglesia como un astro de primer orden, y á ma-

Excmo. é Illmo. Sr. :

Debiendo presentar en este acto solemne una Memoria sobre alguno de los diferentes puntos que comprende la enseñanza teológica, no he vacilado en la eleccion del tema. Nacido en el arzobispado de Sevilla, presbítero de su clero, y amante de las glorias que enaltecen su nombre, no dudé ocuparme en este sencillo trabajo, de uno de los timbres que mas ennoblecen á la Iglesia sevillana, de uno de sus mejores recuerdos, de sus brillantes antecedentes.

Voy á presentar á vuestra vista un ilustre varon, eminente en ciencia y en virtud, cuyo nombre pronuncia con júbilo todo el mundo; cuyo nombre se halla esculpido en los mas preciosos mármoles; cuyo nombre tiene estatuas, templos y altares; nombre que siempre será objeto de la admiracion, gloria y honor de los españoles amantes de su patria. Ya comprendereis, Excmo. Sr., me refiero á San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, cuya grande fama se estiende por todo el mundo.

En efecto , este insigne Prelado español resplandeció en toda la Iglesia como un astro de primer orden, y á ma-

nera de lluvia copiosísima, derramó en nuestra nación los raudales de una sabiduría universal, profunda y semejante. ¡Ah! Si me fuera permitido detenerme en hacer una estensa pintura de este digno sucesor de su hermano Leandro, yo recogería las flores y elogios que la sabiduría espusiera sobre el sepulcro del gran Simon, y aplicándolas á nuestro héroe, diría que en sus días se renovaron los manantiales de las aguas de la verdad, difundiéndose como un mar en toda la tierra, que brillaba en la casa de Dios como la luz de la mañana entre las tinieblas, como resplandece la luna en toda su plenitud, y como el arco iris entre las transparentes nubes. Que el aroma de sus virtudes era igual al de las rosas en tiempo de primavera, semejante al de las azucenas, que descuellan en la corriente de las aguas, y al del árbol del incienso en el rigor del estío. Así, cuando se revestía con los ornamentos de su gloria y dignidad, semejaba al olivo que retoña, ó al ciprés que se destaca en la floresta, dominando todos los árboles, ó, mas bien, una hermosa palmera cercada de sus magníficos renuevos (1).

Pero no nos detengamos en bosquejar en un largo exordio el mérito de San Isidoro: dejemos estas bellas imágenes, y entremos desde luego en el análisis de su vida y de los escritos que mas immortalizaron su nombre: estos serán, sin duda, mas elocuentes que mis palabras; ellos por sí solos bastan para proclamarlo padre de nuestras aulas y *personificación de las ciencias eclesiásticas en los siglos medios*.

Temeroso, á la verdad, y sumamente desconfiado, ocupo este lugar, pues no ignoro, Excmo. Sr., que hace pocos días resonó bajo estas bóvedas augustas el nombre de Isidoro; y si bien se consideró únicamente su influencia en

(1) Eccl. cap. 50, v. 3, et seq.

los siglos medios, como filósofo, no obstante, se formó un precioso ramillete, cuyo esquisito aroma todavía se percibe; con melodioso acento, riqueza de erudicion y sublimidad de estilo, parecia haberse agotado el cauce en que mi pobre ingenio debia beber sus aguas cristalinas; pero he preferido de buen grado reproducir su memoria, siquiera sea bajo otro aspecto, y coronarme con despojos, á trueque de tener la honra de consignarlo en mi discurso. Esto, unido al corto tiempo de que he podido disponer para su composicion, me obliga aun mas á reclamar vuestra indulgencia, y no dudo me la dispensareis, toda vez que sois sabios y estais en vuestro templo.

Sensible era, Excmo. Sr., el estado de las ciencias eclesiásticas en nuestra patria á fines del siglo vi. El arrianismo, que, cual cáncer horrible, parecia que iba á concluir con la verdadera Iglesia de Jesucristo, pretendiendo jactancioso destruir el sagrado símbolo en que fundaba su mas pura gloria, estendiéndose, con admiracion de San Jerónimo, por todo el mundo, llegó tambien á causar en España los mas funestos estragos. La historia nos ha trasmitido en tristes páginas la desolacion causada á nuestro pueblo por las hordas estranjeras, que, invadiendo nuestro suelo, colocaron en el trono á los godos. Sabido es que estos eran arrianos. No faltan autores que de este acontecimiento toman ocasion para exajerar el deplorable estado de nuestra Iglesia en este siglo, hasta el extremo de suponerla corrompida y plegada á toda clase de errores; pero los que así han escrito, incurren en una falsedad de mal género, desmentida por la crítica.

Durante la dominacion godo-arriana, gozó la Iglesia

de España alguna tolerancia y libertad, se celebraron varios Concilios, y no faltaron Obispos celosos que velaran sobre las purezas de nuestras creencias. Sin embargo, á causa de la heregía que dominaba, las ciencias eclesiásticas venian en decadencia. En vano Toribio y Ceponio procuran fomentarlas en sus diócesis. En vano Avito y Balconio las ilustran con sus virtudes y escritos; en vano, en fin, Idacio y Bachiaro oponen resistencias al cataclismo literario-religioso que amenazaba. Cuando reina Marte, son del todo inútiles los esfuerzos de Minerva.

En efecto, Excmo. Sr. : todo contribuía eficazmente á la completa estincion de nuestra literatura eclesiástica á fines de aquel siglo: ora las consecuencias lamentables de aquella funesta heregía, ora las desavenencias y querellas intestinas que á cada paso se sucedian en la eleccion de los Reyes, hacian imposible todo progreso en las artes y en las ciencias. Con razon, pues, un célebre escritor de nuestros dias, dice: «Que el arrianismo y el asesinato se habian sentado en el trono de los godos...» ¡Pobre España! Cuando por una parte te considero huérfana de los Martinos, y observo á los Leandros próximos á descender á la tumba, te contemplo por otra víctima de una persecucion cruel que Leovigildo declara á los católicos, llegando en su furor hasta derramar la sangre de su propio hijo. Cuando veo tus templos profanados, cautivos, atropellados y martirizados tus Obispos, lanzadas de sus asilos las vírgenes del Señor... me parece que vas á olvidar para siempre las bellas y saludables doctrinas que predicaron en tu recinto los Torcuatos é Indalecios, al irradiar en tu horizonte la luz del Evangelio.

Pero no pasarán muchos años sin que aparezca una nueva era que impulse y regenere nuestras ciencias eclesiásticas, y entre las turbulentas y densas nubes del error y de la ignorancia que fascinaban los espíritus; se deja ver

un iris de paz y de ventura que convierte en dias felices los mas tenebrosos y aciagos; pero esta gloria, Excmo. señor, estaba reservada á la Iglesia de Sevilla. Ya empieza á brillar la mas lucida aurora para los hijos de la Iberia.

Criábase al lado del anciano Leandro, Pontífice de Sevilla, un niño de hermosa figura, de aspecto grave y severo, y al parecer de fecunda imaginacion. Desde su mas tierna infancia vivia con aquel santo Prelado, formaba todas sus delicias y era objeto de sus mayores esperanzas. La ciudad de Sevilla se glorió de tenerlo en su recinto, y la de Cartagena le disputó despues la honra de haber sido su cuna.

Este niño, de prendas tan relevantes, es Isidoro, hermano de su maestro, á quien amaba tiernamente y veneraba como padre.

Un dia plácido y sereno, entre las frescas rosas y lindas violetas que embalsamaban el ambiente y matizaban el pavimento del mas ameno y delicioso jardin; entre los tiernos arbustos, mecidos con el aura suave de la risueña primavera, se deja ver el infantito Isidoro profundamente dormido. Nunca hubo en el jardin de Leandro un espectáculo tan raro y significativo. Los criados, que á la sazón le observaban, vieron admirados que una porción de abejas habian colocado en su boca un panal de miel, y bullian en su alrededor, remontándose luego hácia el cielo, sin causarle la mas ligera lesion. Los autores contemporáneos convienen en que este hecho fue un símbolo espresivo de los destellos de santidad y resplandores de sabiduría con que como sol habia de brillar en el meridiano de sus dias (1).

Enriquecido por Dios con las mas copiosas bendiciones de paz y de dulzura, comprendió que estaba destinado para piedra visible de la Iglesia de Jesucristo: escucha la voz del

(1) — Flores, *España sagrada*.

cielo que habla á su alma, se apercibe de los designios del Eterno, y no sabe resistir á los deseos de su hermano, que con ansia anhelaba conferirle el sacerdocio. Pero estos preludios no hacen mas que dibujar de un modo incompleto su gran mérito y los medios de que se valia el Señor para prepararlo á la dignidad episcopal.

Entramos ya en el período mas glorioso de la vida de este ilustre Prelado. Vacante la Silla metropolitana de Sevilla á fines del siglo vi por muerte de San Leandro, nadie vacila en la eleccion de sucesor. Todos unánimes fijan la vista en Isidoro; no se halló quien fuera mas á propósito para reemplazarle.

Sevilla, ciudad nobilísima y siempre memorable, regocíjate, enjuga tu llanto, vistete de alegría, cambia esas vestiduras de luto con que justamente lloras la muerte de tu Pastor, engalánate con los ornamentos de tu mayor gloria, y entona himnos de júbilo y de placer. ¡Qué felicidad te ha deparado el Señor Dios de Sabaoth! Si la inexorable muerte te ha arrebatado un maestro, la Providencia te ha destinado un discípulo que le aventaja... ¡Ah! Ya me parece que veo abrir tus puertas y elevar sobre tus muros cánticos sonoros, que publican á un mismo tiempo tu felicidad y la dulce alegría de tus hijos.

No creais, Excmo. Sr., que voy á adornar á Isidoro con glorias que no adquirió, atribuyéndole la pública Conversion de los godos al catolicismo en el memorable Concilio tercero de Toledo. Obra fue esta en un todo debida al infatigable celo de su ilustre hermano y antecesor; pero nadie podrá disputarle la victoria que obtuvo, no solo de la heregia abjurada, sino de otras muchas que popularon en su época, reduciéndolas todas á su último extremo. La metrópoli de Sevilla ve renacer en su recinto la antigua fe, y los herejes que la inundaban, dóciles á las persuasiones de este hombre prodigioso, adoran á Dios en espíritu y en verdad.

Tampoco es mi objeto, ni los estrechos límites de un discurso de este género lo permitirían, reseñar detalladamente los aplausos y honores que sé grangeó, durante su venturoso pontificado, en la reforma de costumbres, en el restablecimiento de la disciplina, en el fervor y entusiasmo con que hizo renacer en su Iglesia los hermosos tiempos del cristianismo, y el buen éxito que obtuvo en sus apostólicas empresas. Sin embargo, no dejaré de decir, volviendo á mi asunto, que inauguró en España el gran pensamiento de San Agustin, de preparar á los jóvenes aspirantes al sacerdocio con una educacion religiosa y literaria: pensamiento que hubiera quedado estéril, vista la suerte lamentable que ha cabido al Africa, si mas feliz Isidoro no la hubiera introducido y mejorado en su diócesis. Hasta se señala el sitio que ocupó el colegio que fundó á este propósito. San Ildefonso y San Braulio se educaron en él, y mas adelante, elevados á las Sillas de Toledo y Zaragoza, adoptaron la misma medida, propagándose sucesivamente á casi todas las diócesis del reino. Este notable acontecimiento proporcionó al clero español todo el tesoro de las ciencias conocidas hasta entonces, y á nuestro Santo la gloria de haber sido su autor.

Mas no es este solo el título porque le llamamos Padre de nuestras aulas y personificacion de las ciencias eclesiásticas en los siglos medios. Abramos los anales eclesiásticos de la Iglesia de Sevilla, observemos con detencion las disposiciones y cánones del Concilio provincial que se celebró en aquella ciudad en 649, compuesto de siete Obispos, y descubriremos á la vez su celo y sabiduría; en él se condena la heregía de los acefalos; comparece el heresiarca; entra en discusion con Isidoro, se convence á la fuerza de sus razones, palidece, se turba y abjura sus errores. Ved aquí las palabras del Concilio: *Conversus itaque atque receptus suceptæ fidei confectionem; cum stipulatione jure*

urando protulit, atque ab omnibus suis erroribus purgatus apparuit (secs. 12). Nuevo triunfo para la Iglesia de Sevilla; nueva gloria reservada á Isidoro.

Llegó el momento, Exemo. Sr., en que me será permitido lamentar la pérdida de otro documento que añadiría un nuevo timbre á los méritos literarios del Obispo Isidoro. Sabemos por San Braulio que no fue menos feliz el éxito literario religioso de otro Concilio provincial que celebró en la misma ciudad, para condenar á Sinthario. ¡Lástima es que no se conserven sus actas! A nuestros días no ha llegado mas documento que el siguiente: *Gesta etiam synodi in qua Sintharius examinis vestri ignis, et si non purificatus, invenitur tamen decoctus, quas ut vestro instinctu à filio vestro Domino Rege nobis dirigatur citò*. Unica noticia, pero auténtica y elocuente, porque nos revela los triunfos de la verdad donde quiera que Isidoro la defiende.

Ahora reclama nuestra vista el cuadro que nos presenta el Concilio cuarto de Toledo, no menos célebre que el tercero, y en un todo organizado por este santo Obispo: en él se dejan sentir los efectos que habian producido en toda España los treinta y cuatro años que Isidoro llevaba de Prelado; en él se da un público testimonio del poderoso ascendiente que el Alto clero gozaba ya en aquel tiempo por su ilustracion; en él se presenta un Sisenando, humilde y sumiso, á impetrar la confirmacion de su autoridad, reclamando con ansia la proteccion de la Iglesia para asegurar su vida y su corona.

Esta respetable asamblea, compuesta de sesenta y dos Obispos, y presidida por nuestro Santo por derecho de metropolitano mas antiguo, fija distinta y terminantemente la manera de celebrar los Concilios, cuya disposicion fue despues adoptada por muchas Iglesias; sanciona la inviolabilidad del Soberano, y dá sesenta y cinco cánones impor-

tantísimos para el estudio de la disciplina. Puede, pues, asegurarse, sin temor de errar, que es uno de los monumentos mas grandiosos de aquella época, venerado, aun en nuestros dias, con mucho acatamiento.

Por los años 636, despues de haber gobernado la Iglesia de Sevilla cerca de cuarenta, dió término á su gloriosa carrera. Su preciosa vida formó una página de oro, que, trasmitiéndose incorruptible de generacion en generacion, ha llegado hasta nuestros dias, y se relegerá con júbilo y admiracion hasta la mas remota posteridad. Sus admirables escritos, no solo le hacen acreedor á los mayores elegios, sino que con mucha mas razon nos fuerzan á proclamarlo Padre de nuestras aulas eclesiásticas, y el hombre mas eminente del siglo vii.

Ahora, Excmo. Sr., un vasto campo se presenta á mi vista; por dó quier que estiendo mis ojos no veo otra cosa que los ópimos frutos de la mas admirable ciencia é ilustracion, profundos conocimientos en las Sagradas Letras, abundantes ideas de todo lo que han dicho los depositarios de la tradicion, los ingenios mas sublimes del cristianismo; noticias exactas de las disposiciones de los Concilios celebrados hasta entonces. Baste decir, que en las diez y ocho obras que escribió, todo respira amor á las ciencias eclesiásticas.

Yo quisiera, Excmo. Señor, poder detenerme en el exámen crítico legal de las obras de este célebre metropolitano, poniendo á cubierto las auténticas de la saña de los que intentaron despojarle de algunas muy recomendables, y descartar al mismo tiempo las apócrifas, que, por ignorancia ó piedad mal entendida, vinieron corriendo algunos siglos con el nombre de San Isidoro; mas para esto necesitaria escribir muchas páginas; indudablemente abusaria de vuestra benevolencia, y tal vez no llenaria mi objeto sino de un modo indirecto. Debo prescindir de esta preten-

sion, contentándome con presentar las que le dan mas lustre y brillo; aquellas que aun sus émulos no han podido menos de confesar como suyas; las que bastan por sí solas para asegurarle un timbre imperecedero en los anales de la Iglesia.

Si examinamos, en primer lugar, los conocimientos de Isidoro en las Sagradas Escrituras, desde luego observaremos que pueden muy bien compararse con los de las principales lumbreras de la Iglesia; él comprendió perfectamente que el estudio de la Biblia debe ser la base fundamental del teólogo, del sacerdote, del Obispo, y la tercera parte de sus obras es la mejor garantía de esta verdad: en ellas aparece, como lucida antorcha, alumbrando al mundo y desvaneciendo las tinieblas del error: por eso recomienda en el libro primero de las Sentencias el asiduo estudio de las Santas Escrituras, asegurando que sin él es del todo imposible conocer sus sentidos: así esclama elocuentemente: «Ninguno puede conocer el sentido de
» las Santas Escrituras, si no se halla familiarizado con su
» lectura, pues escrito está; ámala y te sublimará; abra-
» zándola, serás glorificado, y cuanto mas constante fueres,
» tanta mayor inteligencia conseguirás, al modo que la
» tierra, cuanto mas se beneficia, tanta mas abundancia pro-
» duce de frutos.» La práctica de este consejo fue la mayor delicia de nuestro Santo, como se deja ver por sus sorprendentes resultados, que forman la mejor apologia de sus conocimientos biblicos.

Siete fueron las obras que escribió sobre las sagradas páginas: las *Alegorías del Antiguo y Nuevo Testamento*, el *Nacimiento y muerte de los Padres*, los *Præmios á los libros del Antiguo y Nuevo Testamento*, las *Exposiciones de los Sacramentos místicos*, dos *contra los judíos*, y la *Exposicion del Cántico de los Cánticos*.

Sabeis, Excmo. Sr., que en la obra que titula de *Ale-*

gorias esplica con admirable erudicion todos los nombres de la Biblia : dice en su prefacio : «que teniendo interpretacion alegórica casi todos los nombres conocidos en la Sagrada Escritura , y siendo muchas veces necesaria para comprender el verdadero sentido de algun pasaje, se determina á dar á luz este trabajo.» Empieza con el nombre de Adan, y discurre prolijamente por todo el Antiguo Testamento; sigue con los Evangelios, y termina esplicando la aparicion de Jesucristo inmediatamente despues de la Resurreccion á cinco de sus discípulos. En cualquiera de los capítulos de esta obra se revela bien claramente su asiduidad en los estudios hermenéuticos.

Pues no es de menor mérito la del *Nacimiento y muerte de los Padres*: en ella hace una completa biografia de cada uno de los Patriarcas del Antiguo Testamento; da principio en Adan, y concluye con los Macabeos; presenta, bajo un golpe de vista, sus respectivas edades y acontecimientos mas notables.

Los *Præmios del Antiguo y Nuevo Testamento* dan una idea exacta del contenido de cada uno de los libros de la Biblia. Esta obra por sí misma se recomienda, siquiera se considere como un extracto ó epilogo de las Santas Escrituras.

De un valor extraordinario es tambien la de las *Exposiciones de los Misticos Sacramentos, ó sean cuestiones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento*. En ella se esplican con mucha propiedad todos los simbolos, figuras, misterios y Sacramentos del Antiguo Testamento. Bien conoció el Santo el mérito particular de esta obra: por eso en el prefacio, para rebajarla de algun modo, dice con una modestia nada comun: «que no ha hecho mas que recoger las flores que en el ameno vergel de la Iglesia plantaron los Origenes, Vitorinos, Ambrosios, Gerónimos, Agustinos, Gracianos, y en estos últimos tiempos los elocuentes

»Gregorios: *Quod ego loquor illi dicunt; et vox mea eorum est lingua*: así habla en el prefacio.»

El primer libro de las obras contra los judios es un opúsculo de teología, ó mas bien un precioso tratado de encarnacion; en él prueba, para confusion de este pueblo, que el nacimiento del Salvador, su divinidad, union hipostática, muerte y resurreccion, reino y juicio, todo está contenido en el Antiguo Testamento de una manera clara y terminante, por mas que los judios, en su obcecacion, no quisieran entenderlo. El segundo trata en particular de las predicciones de los Profetas, asegurando que tanto se ocuparon de predicar la abyeccion del pueblo judio, quanto proclamaron la felicidad y gloria del pueblo del Nuevo Testamento.

Finalmente, *la esposicion que hace del Cántico de los Cánticos*, lo elevan á tal altura en la inteligencia de las Sagradas Letras, que no sé si me atreva á decir que escribia inspirado. En ella se advierte orden, claridad, precision y laconismo, y todas las condiciones que constituyen una obra perfecta en su clase.

Tambien fue San Isidoro notable en bibliografía eclesiástica; así lo demuestran evidentemente las obras que nos legó sobre esta materia. No podia ser por menos; como gran teólogo, sabia muy bien que al clero le eran indispensables conocimientos de patrologia, historia y disciplina de las iglesias, y deseoso de facilitar este estudio y de estimular á los que se dedicaran á él, escribe el *Cronicon*, la obra de *Varones ilustres*, la de *Oficios eclesiásticos* y la *Regla de los monges*.

El *Cronicon* es una historia de la vida de la humanidad; en esta obra resalta sobremanera el método y el orden: la divide en seis épocas ó edades; la primera empieza en Adan y concluye con el diluvio; la segunda, da principio en Noé y llega hasta Abraham; la tercera, desde

Jacob hasta David; la cuarta, la inaugura con el reinado de Salomon, y termina en la cautividad de Babilonia; la quinta, desde la vuelta de los israelitas á Jerusalem hasta Octavio Augusto; y la sesta parte, empieza con el apareamiento del cristianismo y termina en el siglo vi de la Iglesia: esta última parte es mas rica de erudicion que las demas, por contener por estenso la noticia de todos los Padres y apologistas del cristianismo.

Como suplemento de la última época del *Cronicon*, podemos considerar la obra de los *Varones ilustres*; en ella hace una biografía bien estensa de los Padres de que se ocupa; empieza por el romano Pontífice, San Sixto, y concluye con San Máximo. Para formar una justa idea del mérito de esta obra, bastará que nos fijemos en el capítulo diez y nueve: así se esplica de San Juan Crisóstomo: «Juan, santo Obispo de Constantinopla, conocido con »el dictado de Crisóstomo, en cuyos discursos se encuen- »tra la compuncion del corazon y la mas elevada elocuen- »cia, escribió en griego muchos tratados y magníficos »opúsculos, de los cuales se aprovecha la literatura latina: »sus dos libros dirigidos á Teodoro, están llenos de senti- »dos lamentos para escitarlo á la mas perfecta contri- »cion.» En el último capítulo figura la vida de San Isidoro, escrita por San Braulio.

Los *Oficios eclesiásticos* componen un verdadero tratado de disciplina de la Iglesia: esta obra le recomienda como célebre canonista del siglo vii; la escribió á instancias de San Fulgencio, y se la dedica con estas palabras: «Deseas que yo te manifieste el origen de los car- »gos eclesiásticos, cuyo magisterio nos está encomendado, »y que te reseñe con brevedad los autores que han procu- »rado explicarlos, pues te envio, como quieres, un volú- »men ordenado, con escritos de autores muy antiguos, y »segun las ocasiones me ofrecieron; así, ó los he comen-

»tado estensamente, ó los he referido tal como se encuentran en sus originales.» En el primer libro manifiesta las fuentes de nuestra disciplina, reduciéndolas á tres; Sagrada Escritura, tradicion apostólica, y costumbre universal de la Iglesia: en el segundo, se ocupa en particular de la parte que pertenece á la liturgia del culto divino y diversa clase de ministerios eclesiásticos.

No menos prueban los conocimientos de San Isidoro en disciplina eclesiástica las *Reglas de los monjes*: esta obra contiene veinte y cuatro capítulos, todos de la mayor utilidad para la vida monacal. Confiesa en el prefacio que todo lo que consigna en ella son preceptos diseminados en las obras de los padres y en las disposiciones conciliares; satisface toda clase de dudas que pueden ocurrir en la vida contemplativa, y descende á varios pormenores de suma utilidad. Son muy notables las lecciones con que procura formar los sentimientos religiosos en el corazón de los que, separados del mundo mediante una solemne profesión, se consagraban á Dios para cumplir con escrupulosa exactitud los consejos evangélicos: así se expresa en el cap. III. «Ningun monje deberá juzgarse superior á los demas, pues tanto resplandece en humildad considerándose inferior á todos, cuanto mas los aventaja en la puntual observancia de las virtudes. Absténgase del furor y de la murmuracion; procure asimismo no incurrir en escándalos; huya de los peligros de la carne como de una peste mortífera; jamás profiera palabras ociosas ó torpes; constantemente tenga puros los labios y el corazón. Deshebe los pensamientos de impureza, ejercitándose en la compuncion, por medio de santas meditaciones... mace-rando la carne con ayunos y demas actos de mortificación; nunca tenga envidia de los adelantos de sus hermanos, sino que, tranquilo y pacífico, se goce del mérito de los demas por amor fraternal... así, abundando en



» estos sentimientos y practicándolos, retendrá con razon
» el nombre de su profesion.»

Aunque las obras hasta aquí analizadas son bastantes para proclamar á San Isidoro primer teólogo del siglo vii, no obstante, incurriria en una falta imperdonable, si, haciendo la apología de sus escritos eclesiásticos, omitiera la obra de las Sentencias, por ser, en nuestra opinion, un perfecto tratado de teología ; en ella reflejan á la vez todos sus conocimientos biblicos, patológicos y conciliares, así en el dogma como en la moral.

En esta obra sigue particularmente la doctrina de San Gregorio, cuyos escritos miraba nuestro Santo con veneracion y respeto; la divide en tres libros, que contienen materias dogmáticas, morales ó prácticas y místicas.

Algunos conocen esta obra bajo el nombre de *Summo bonò*, por empezar así el primer libro, siguiendo en esto la costumbre de los hebreos; pero mas generalmente se conoce con el título de Sentencias, como el mismo San Isidoro la denomina, y mas adelante Graciano é Ibon, con el Concilio octavo de Toledo.

Empieza el primer libro sentando la existencia de Dios, y esplica su inmutabilidad por su suma bondad: deduciendo inmediatamente la limitacion de la criatura por su mutabilidad, dice así: «El sumo bien es Dios, porque es inmutable y no puede alterarse ; mas la criatura es un bien , pero no sumo, porque está sujeta á mudanza.»

Despues de tratar de la existencia y atributos de Dios, lo considera como autor de todas las cosas, y habla oportunamente del principio del mal, pues tenia bien presente que escribia en un siglo no distante de otro en que con mucho calor se habia discutido sobre esta materia, y aunque ya era imposible toda discusion, porque la Iglesia habia hablado y lanzado anatema á los sostenedores de los dos

principios; sin embargo, como cuestion en su principio filosófica, la trata con mucha profundidad.

A la creacion y naturaleza de los ángeles, dedica un estenso capítulo: en él trata, en primer lugar, de la caída y apostasia de los ángeles, despues de los diferentes órdenes y gerarquias de los confirmados en gracia, ocupándose, por último, de la vision intuitiva de Dios en los espíritus angélicos.

No es de estrañar asimismo se detenga en el capítulo que titula de *Spiritu Sancto*, haciéndose cargo de explicar en él el augusto misterio de la Inefable Trinidad y combatir la heregía abjurada.

Hablo, Señor Excmo., del arrianismo, error teológico del siglo iv, que negaba como punto cardinal la consustancialidad del Hijo con el Padre, y, por consiguiente, echaba por tierra toda la obra de la Redencion. Ved cómo se espresa sobre el dogma: *Spiritus Sanctus Patris et Filii est, et inde unum sunt Pater et Filius; quia nihil habet Pater quod non habet Filius, non enim res una, et duorum consubstantialis poterit simul ab eis procedere et simul inesse nisi unum fuerit à quibus procedit*. No me admira esté tan espresivo y terminante sobre esta materia, acerca de la cual escribe con el doble carácter de Padre y apolo-gista.

Interminable seria si hubiese de analizar cuanto se haya escrito en la preciosa obra que nos ocupa; tanto valdria, en su caso, copiarla íntegramente: baste decir que contiene admirables tratados de Encarnacion, gloria de los Santos, virtudes teológicas, predestinacion, gracia, último fin del hombre, virtudes morales, vicios y pecados.

Concluyamos, pues, consignando un recuerdo á otra que titula: *Conflictu viciorum et virtutum*, por ser una ampliacion del último libro de la anterior. En ella personifica las virtudes y los vicios, sosteniendo un bello é ins-

tractivo diálogo, que prueba á todas luces su fuerza de imaginacion é ilustracion sobre la materia.

Si los Agustinos, Gerónimos, Ambrosios y Gregorios fueron proclamados y tenidos por Padres de la Iglesia y personificacion de las ciencias eclesiásticas en sus respectivos siglos, por haber defendido y á su modo engendrado la Esposa del Cordero con sus brillantes doctrinas y copiosos escritos, con tanta ó mas razon podremos nosotros, con toda la energía de nuestras almas, proclamar á San Isidoro Padre de nuestras aulas y personificacion de las ciencias eclesiásticas en los siglos medios, toda vez que escribió é hizo en favor de la Iglesia de Jesucristo lo que hemos visto y analizado.

Fue tan grande la fama de su sabiduría, que, como insinuamos al principio, se extendió por todo el mundo. Poco despues de su muerte, no solo le preconizaron San Braulio y San Ildefonso, sino tambien el Concilio octavo de Toledo. Esta gloriosa asamblea le llama: «Doctor esclarecido de aquel siglo. último ornamento de la Iglesia católica...» y á quien debia nombrarse con mucha reverencia.»

En el siglo viii Isidoro Pacense renovó el elogio de su memoria con estas palabras: «La España celebra como »Doctor esclarecido al Pontífice Isidoro, metropolitano de »Sevilla.»

Elipando, Arzobispo de Toledo, en una de sus epístolas, ocupándose de San Isidoro, se espresa de esta manera: «El bienaventurado Isidoro fue resplandor de la Iglesia, »luciente astro de la Iberia y Doctor de España.»

Los Obispos de Alemania é Inglaterra respetaban tanto su autoridad en el siglo ix, que hacian uso de sus escritos á competencia con los de San Agustin y San Gerónimo; y el romano Pontífice Leon IV, dispuso que en los casos arduos y difíciles, no resueltos por los cánones, se considerase la autoridad de San Isidoro como la de los Doctores de

la Iglesia: disposicion maravillosa que implícitamente declara á nuestro Santo *Doctor Máximo* de la Iglesia.

Un crítico de buen nombre añade que, deliberando el Papa Bonifacio VIII sobre cuáles se habian de escoger para Doctores de la Iglesia, fueron algunos de parecer que entrara San Isidoro en lugar de San Ambrosio, ó que fueran cinco, para que no faltase.

Por último, las innumerables ediciones que de sus obras se han hecho, son una prueba inequívoca de la general aceptacion con que las acogió el mundo literario.

Gloríese en buen hora la Iglesia de Africa por haber sido cuna de un Agustino; corónese de laureles la de Dalmacia por haberlo sido de un Gerónimo; entone himnos de júbilo la de Francia por un Bernardo; regocijese á su vez la de Italia por haber dado á luz á un Tomás, y la de Inglaterra por un Beda, mientras que nosotros, con no menos títulos, nos damos el parabien y la mas cordial enhorabuena por haber visto la luz en nuestro suelo un San Isidoro, honra de la Iglesia universal y personificacion de de las ciencias eclesiásticas en los siglos medios.

He dicho.

PEDRO DE SERAS.

Madrid 16 de junio de 1858.

Aprobado por la Junta de exámen de Discursos en session celebrada el 22 de junio. — *El Presidente*, NOVAR. —
El Secretario, SALAZAR.

